

Fernández Liria, Carlos. *Sexo y filosofía. El significado del amor*, Madrid: Akal, 2020.

Sexo y filosofía. El significado del amor, del profesor Carlos Fernández Liria, es, como se anuncia en el Prólogo, un análisis fenomenológico del amor o, más concretamente, de eso que llamamos “hacer el amor” a partir, sobre todo, de las canciones populares sobre este sentimiento, innumerables en la historia y de las cuales el libro nos ofrece un amplísimo repertorio. Pero lo más importante es que este análisis se nos acabará revelando, al mismo tiempo, como la mejor introducción a la filosofía.

Consiguientemente, la primera parte del libro (“Hacer el amor”) comienza *aislando*, como si de un experimento químico se tratara, el fenómeno del amor, distinguiéndolo sutilmente, ante todo, de aquello con lo que habitualmente se lo suele confundir, a saber, las múltiples recetas (paradigmáticamente, el matrimonio) para *vivir* (o, mejor, para *poder seguir* viviendo) cuando ya se está enamorado. Y es que sucede, más bien, que la experiencia del amor no encaja, por sí misma, con el decurso de la vida, es decir, no habla, como ella, el lenguaje del tiempo, sino el de la *eternidad*. Pues, efectivamente, ningún enamorado se declararía a la persona que ama diciéndole algo así como “te quiero porque soy quien soy, pero si fuese otro seguramente no encajaría tan bien contigo y no te querría”, sino más bien diciéndole “te quiero y, es cierto, soy quien soy, pero cuando estoy contigo siento que, *aunque* no fuese yo, es decir, aunque mi vida fuese completamente otra, te seguiría queriendo”. Con estas palabras, el enamorado reconoce, en realidad, que su amor no es una contingencia, que es imposible no querer a su amado y que, por lo tanto, no solo él, sino todos, de encontrarse en su lugar lo tienen que querer, lo cual suscita, ciertamente, celos estructurales: “Y tengo celos del viento, / porque acaricia tu piel / de la luna a la que miras / del sol porque te calienta”, cantaba Manzanita (p. 40).

Pues bien, resulta que precisamente este interesantísimo *lugar de cualquier otro* en el que sentimos estar cuando hacemos el amor es algo que, como nos explica el autor, desde el comienzo mismo de su historia la filosofía se ha esforzado en pensar. En efecto, la Verdad, la Justicia y la Belleza, es decir, las tres grandes ideas del mundo inteligible de Platón, nos sitúan en ese lugar y nos hacen comprobar “lo muy interesante que resulta lo desinteresado” (p. 242): cuando *decimos* la verdad de algo, reconocemos que cualquiera, sobre eso, tendría que decir lo mismo; cuando *hacemos* algo justo reconocemos inmediatamente que cualquier otro, en esa misma situación, debería hacer lo mismo y, finalmente, cuando *sentimos* algo bello sentimos, aunque no sea en realidad así, que cualquier otro sentiría, ante eso, lo mismo.

A partir de aquí, podemos preguntarnos, intrigados, qué es lo que quieren, en último término, dos personas que se declaran así, es decir, qué persiguen dos personas enamoradas o, en palabras del propio autor, “¿qué buscan los amantes en los labios del otro?” (p. 69). Para Platón y Lucrecio buscan sin duda *hacerse uno de dos*: restablecer —cuenta mítica— la unidad originaria que perdieron cuando los dioses los separaron o —explica el atomismo del segundo— devorarse mutuamente para intentar “llenar”, aunque siempre infructuosamente, el vacío que sienten el uno del otro. Sin embargo, Hegel añade que este anhelo de *totalidad* es, en sí mismo, *contradictorio*, por cuanto la totalidad, para ser una verdadera totalidad, tiene que ser, al mismo tiempo, todas las particularidades: el amante quiere, efectivamente, hacerse uno con su amado, pero, paradójicamente, sin fagocitarlo, es decir, sin que deje de ser él, con todas sus particularidades, con todas sus manías y lunares: “libre te quiero... pero no mía”, escribía Agustín García Calvo en su poesía (pp. 28-29) o —en la bella definición de Schelling también citada por el autor— “el amor es una dependencia de independientes que, pudiendo existir por sí mismos, se niegan, sin embargo, a vivir el uno sin el otro” (pp. 73-74).

La misma pregunta se repite, aunque ahora de la mano de Aristóteles, en la segunda parte del libro (“El sexo por debajo de la luna”): ¿hacia dónde *caen* los enamorados? En primer lugar, como *seres físicos*, los enamorados caen, obviamente, al igual que las piedras, hacia el suelo. En segundo lugar, como *seres vivos*, “caen” hacia su especie para perpetuarla, cual si todos sus dimes y diretes amorosos no fueran otra cosa que un intento desesperado por huir de su individualidad material y coincidir, en cambio, con la forma universal “Ser humano”; al comportarse como individuos *cualquiera* de su especie, se dejan, de paso, conocer científicamente. Este segundo movimiento también es natural. Pero, en tercer lugar, como *seres libres*, es decir, capaces de sobreponerse a la Naturaleza, los enamorados “caen”, en ese extraordinario movimiento que llamamos amor, no ya hacia su universal, sino, de manera *antiphysica*, hacia una persona *concreta*, buscando la totalidad, paradójicamente, en la irreplicable singularidad de esta.

En la tercera parte del libro (“Amor y neurosis”) se distingue, con todo el celo fenomenológico, de este peculiar movimiento amoroso, otro no menos peculiar que por relacionarse también con la totalidad y ser antiphysico se suele confundir con él a pesar de ser su contrario: la *neurosis*. La neurosis es “esa enfermedad en la que consiste ser humano” (p. 177), esa compleja red de síntomas psíquicos,

pero repletos de goce que, cual destino, nosotros, seres nacidos del sexo y sin saber hablar, es decir, con infancia, adherimos al lenguaje como tributo a la naturaleza para que el Ello, que prefiere –al decir de Nietzsche– querer la nada a no querer, se satisfaga sin efectos, acepte la castración y nos deje ser adultos. Asimismo, en el *plano colectivo*, ese tributo que nos permite aceptar la prohibición del incesto y ser propiamente humanos es la religión o, en un sentido amplio, la *cultura*. Y así como la irrupción de la filosofía representó la posibilidad de una palabra independiente de la cultura, libre del peso de la tradición, por sí misma verdadera, justa y bella y, por consiguiente, la paradójica posibilidad de, sin dejar de ser humano, hablar, actuar y sentir como dioses, así también el amor, en el plano individual, representa la posibilidad casi milagrosa de sentir, sin dejar de ser adultos, con la seriedad y la pureza del niño, la posibilidad de un placer sin síntomas y desinteresado como el que sentimos ante la belleza.

Y tanto es así que, finalmente, en la cuarta parte del libro (“La belleza”), se sostiene que lo único que añade el amor a la belleza es el sentimiento de poder tocarla, de poder hacer algo con ella. Ante la belleza sentimos que los demás están sintiendo lo mismo que nosotros, que una misma sangre fluye por las venas de toda la humanidad, que todos somos, en el fondo, *hermanos* y que, por tanto, en el ámbito jurídico-político, todos tenemos derecho a la independencia civil.

La belleza, además, a través del arte, el cual deja en libertad a las cosas, elige casi las únicas palabras adecuadas para describirlas y nos hace experimentarlas por primera vez, parece decirnos cómo son las cosas incluso mejor que la ciencia, empeñada en decirnos más bien cómo se producen. Pero la belleza, como el amor, a diferencia de la verdad y la justicia, se sostiene en la inestabilidad de un sentimiento y sus instituciones, como el matrimonio, parecen destinadas al fracaso. Sin embargo, precisamente por eso son imposibles de eliminar, es decir, podrá reinar en el mundo la mentira y la falta de derechos, pero ningún déspota podrá jamás eliminar la belleza de una puesta de sol ni el amor en los ojos de una persona: “hay una Ilustración a ras de tierra que es imposible de extirpar” (p. 289).

El libro, en definitiva, nos enseña, en un lenguaje ameno y accesible a cualquier lector, que sólo una experiencia vital tan decisiva como el amor nos predispone para comprender, mejor que ningún manual filosófico al uso, aquello igualmente decisivo de lo que la filosofía trata, en la idea de que, como decía Alain Badiou, “quien no comienza por el amor jamás sabrá lo que es la filosofía” (p. 7).

Diego Pombero Hurtado
 Universidad Complutense de Madrid (España)
 Email: dpombero@ucm.es
 ORCID: 0009-0003-6752-1855